

Mis niñas

Noelia Mantilla⁵

Javier se levantó de su cama para asegurarse de que la puerta estuviera debidamente cerrada. Cerró también sus ventanas y cortinas. Tardó aproximadamente una hora en acceder al chat grupal que él y otras cinco personas mantenían en la *Deep Web*. Advirtió que durante las dos horas anteriores a que él iniciara sesión, habían estado discutiendo la posibilidad de acudir a la función de un circo que visitaba la ciudad, con el fin de secuestrar a las gemelas acróbatas y venderlas a la red de prostitución. Aparentemente, las niñas eran rusas y no hablaban ni una palabra de español. Dormían en una carpa atrás del remolque de los payasos sin más compañía que su abuela sorda. La tarea no era tan complicada y los resultados, en caso de que todo saliera bien, aportarían bastante al ánimo del grupo, además de suponer una inyección económica provechosa. La conversación alrededor de la estrategia a utilizar duró toda la madrugada hasta que varios de los participantes tuvieron que alistarse para ir a sus trabajos regulares. La mayoría eran empleados públicos y tenían horarios estrictos por lo que la reunión virtual se pospuso hasta que todos pudieran integrarse a sus actividades nocturnas, otra vez.

Mientras se preparaba el desayuno, recordó que se había ofrecido a llevarle unas medicinas para

115

5 Bahía de Caráquez, 1997. Actualmente se encuentra cursando el octavo semestre en la carrera de Literatura. Ha publicado dos crónicas bajo el pseudónimo de Janeth Intriago en el blog *La Ornitorrinco* (2016) y sus relatos han sido incluidos en la antología de Huilo Ruales y Ernesto Carrión: *Tela de araña* (Editorial Rasguño, 2017).

Karen. Ella vivía a unas cuadras de su casa así que no representaba mayor inconveniente. Veinte minutos más tarde, él estaba frente a su puerta con una funda llena de escilatopram. Además, le había llevado un café y un *cheesecake* de fresa; esa fecha era muy difícil para ella. Karen lo recibió con un abrazo y una sonrisa forzada; sus ojos marrones estaban ojerosos e hinchados. Ella tenía puesta su pijama gris, aquella que a él tanto le gustaba, pues le recordaba las noches de secundaria cuando veían películas de terror y ella metía los brazos dentro de su camiseta como si quisiera protegerse de algo. El pijama ya no le quedaba grande y seguía usándola como si no se diera cuenta de sus agujeros.

116

Pasaron a la sala y Javier notó un extraño olor a moho en el ambiente. Dejó las cosas en la mesa del centro e intentó conversar con Karen de cosas triviales. Luego notó que el simple hecho de llevarle algo más que sus medicinas, destacaba el luto de la fecha y terminaron hablando de lo mismo que hablaban cada año. Cuando eso pasaba, Karen recogía sus piernas y las pegaba a su pecho, como si aún tuviera dieciséis años y acabaran de robarle nuevamente a sus bebés. Javier no podía evitar sentirse culpable. Había sido él quien convenció a Karen de ir a la fiesta esa noche en la que fue violada y también había sido él quien le falló cuando iba a llevarla a la clínica de abortos. El día que se disculpó con ella por teléfono, su madre lo escuchó y les contó a los padres de Karen. La obligaron a seguir con su embarazo y ella no le habló por varios meses, hasta que eventualmente lo perdonó. El día del parto descubrieron que uno de los bebés tenía una malformación en una de sus piernas y que esta debía ser amputada lo más pronto posible. Karen estaba inconsciente, así que sus padres

tomaron la decisión por ella, no sin antes discutir la posibilidad de poner al bebé discapacitado en adopción, pues "ya había suficiente vergüenza en la familia". Por supuesto, Javier estaba escuchando y decidió que si alguien debía decidir el futuro de esos bebés sería Karen.

Los padres de Karen se habían ido hacía mucho tiempo cuando los guardias de seguridad anunciaron que la sala de recién nacidos había sufrido un ataque: al menos cinco niños habían sido robados y dos resultaron heridos producto del ajetreo realizado por los ladrones al escapar. Nunca encontraron a los bebés ni a los culpables. Para cuando llegaban a ese punto de la historia, Karen ya estaba dormida de nuevo, con el rostro cubierto de moco y lágrimas. Javier sabía que al día siguiente ella iba a estar de nuevo como si nada y él dejaría de sentirse culpable por un buen tiempo. Antes de irse guardó el postre intacto en la refrigeradora y puso una manta sobre sus piernas. Karen se despertó y tomó su mano.

—Yo nunca quise tenerlas, ¿sabes? No sé por qué me duelen ahora.

Javier apartó uno de los cabellos negros que cubrían su rostro, besó su frente en silencio y se fue. Se le había hecho tarde para el trabajo.

Ese día atendió un total de treinta y cinco llamadas telefónicas en el *call center* donde trabajaba. Había pensado en las gemelas durante toda la jornada; cada vez que iba al baño o se encontraba solo, las llamaba en susurros. "Mis niñas" les decía, y saboreaba las palabras lentamente, como una menta en su boca. Un placer que solo el anonimato y la clandestinidad podían proporcionarle.

Al finalizar su turno se apresuró a casa, su perro Toby lo recibió juguetonamente; él ni siquiera se percató del desastre que había hecho en la sala:

esa noche vería las primeras imágenes de las gemelas. Las fotos llegarían al grupo gracias al empleado que realizaba la limpieza en el circo después de cada función. Él también era parte del foro y uno de los candidatos más adecuados para llevar a cabo el secuestro. Mientras Javier se acomodaba, puso a cargar la página. Los píxeles se fueron aclarando poco a poco, revelando a dos niñas, muy rubias y rosadas en vestidos azules. La foto había sido tomada a una cierta distancia. Estaban sentadas con una anciana y comían en platos desechables amarillos. Eran casi idénticas, excepto por un detalle: a una de ellas le faltaba una pierna.